

párroco de San Sulpicio, pero este se las negó. Con este motivo los amigos del difunto pusieron el grito en el cielo, y no hablaban mas que de que se formara causa al párroco. Para ellos no habia nada de extraño en que se obligara al clero á dispensar los últimos deberes de la Religion á un hombre que habia pasado gran parte de su vida en cubrir de oprobio al clero y á la Religion. D'Alembert queria recurrir al parlamento. Pidióse á los franciscanos el funeral que generalmente solian hacer por los académicos; pero estos le negaron. En vista de esto se apeló á la astucia: embalsamaron el cadáver, lo colocaron vestido en un coche y lo llevaron á la abadía de Scellieres en Champaña, de donde el abate Mignot era comendatario. Apenas llegó el cadáver á la bóveda de la abadía cuando el prior de la abadía recibió orden del obispo de Troyes prohibiéndole enterrarle. Ya era tarde. El prior fué destituido, y el cadáver de Voltaire permaneció en su última morada hasta que sus amigos lo sacaron para conducirlo en triunfo á la misma ciudad de donde con tanto misterio habia salido diez años antes. Sin embargo, toda la literatura filosófica se cubrió de luto; la poesía celebró el talento de Voltaire y los académicos pronunciaron su elogio. Entre los discursos que figuraron con este motivo, hay que hacer mencion del de Federico, rey de Prusia, y del de La-Harpe. Este es mucho mas moderado que el otro. El monarca no se desdenó repetir contra el clero las palabras y epítetos *blandos* y *cultos* que usaba desde mucho tiempo atrás en su correspondencia secreta. En 1779, á instancias de d'Alembert, le hizo celebrar en la iglesia católica de Berlin un funeral, y d'Alembert queria que se le erigiera en ella un monumento; pero Federico no lo consintió.

Discípulo de la sociedad en medio de la que pasó sus primeros años, Voltaire se hizo el preceptor de su siglo, y su siglo demasiado bien dispuesto á oírlo bebió con avi-

dez la ponzoña que él sabia propinarle con tanto artificio. Al tratarse de este funesto escritor, la palabra filosofía toma una significacion limitada y particular, y en tal caso es cuando pasa por sinónimo de incredulidad en materias de Religion. No quiere esto decir, volveremos á repetirlo, que el ardiente y peligroso enemigo del cristianismo, Voltaire, llevase su incredulidad hasta el extremo de negar la existencia de Dios; pues antes por el contrario admitia este dogma fundamental y combatia la desoladora doctrina del ateísmo. Pero las variaciones y perpétuas contrariedades de su ánimo hacian dudoso que la inmaterialidad é inmortalidad del alma, consecuencias sin embargo rigurosas del principio fundamental admitido por él, fuesen igualmente objeto de su conviccion. Siempre insistiendo en sus hostilidades contra la Religion revelada, tuvo la deplorable ventaja de que escribiendo con una pasmosa fecundidad por espacio de mas de sesenta años, popularizó é inculcó en la masa de la nacion la incredulidad. «Yo le aborreceria mas, dice J. J. Rousseau, si él despreciase menos. En sus grandes talentos no veo sino un oprobio mas que le deshonra por el uso indigno que de ellos hace. Ese bandido de impiedad, ese brillante ingenio y esa alma rastrera, ese hombre tan grande por sus talentos y tan vil por el uso que de ellos hizo, nos dejará largos y crueles recuerdos de su permanencia entre nosotros. La ruina de las costumbres y la pérdida de la libertad, que es su consecuencia inevitable, serán para nuestros descendientes los monumentos de su gloria.»

Rousseau, á quien Hume habia ofrecido asilo en Inglaterra, regresó de este pais en 1767, despues de haber reñido con Hume, asi como fué riñendo sucesivamente con todos sus amigos. Desde esta época no volvió ya á salir de Francia. Despues de haber andado vagando con nombres supuestos por varias provincias, al cabo vino á fijarse en Paris,

Ya para esta época habia renunciado absolutamente á escribir, y en efecto nada volvió á publicar. Su vida se pasaba entre terrores y ansiedades las mas estrañas. Creíase siempre perseguido por un complot, en el cual segun su modo de ver habia comprometidos simples particulares y hasta potencias: nada mas veia que persecuciones, enemigos, traiciones, y sus cartas están atestadas de continuas quejas sobre el particular. Principalmente en la escrita al conde de San-Germain el 26 de febrero de 1770, es donde muestra hasta qué punto su cabeza estaba trastornada con semejantes cavilaciones. En ella hace un horrible retrato del duque de Choiseul, que solo para jugarle una mala pasada, dice Rousseau, emprendió la conquista de Córcega. En la misma carta maltrata á todos sus antiguos amigos, Diderot, D'Alembert, Grimm, Tronchin, la sociedad del baron del Holbach, madama de Luxembourg y madama de Boufflers, se mas ardiente protectora, que le habia granjeado los favores del príncipe de Conti, etc. Otras varias cartas prueban igualmente las quimeras de que el autor se veia agitado. Él mismo refiere en sus *Confesiones* varios hechos muy estraordinarios. Por ejemplo, aquella piedra tirada contra un árbol, y que tranquilizó su salud porque dió en el árbol.... aquella especie de delirio de que se sintió poseido al leer el premio propuesto por la academia de Dijon, aquellas negras sospechas que concibió durante la impresion de su *Emilio*, y que le pusieron fuera de si mismo, y sus terrores en otras varias ocasiones han dado lugar á creer que se hallaba atacado de una enfermedad terrible.

«Rousseau es quien me ha realizado, dice Corancez, la existencia posible de don Quijote, con quien le encuentro muchos puntos de contacto. Ambos tenian una cuerda sensible, cuyas vibraciones en el uno producian las fantásticas visiones de la andante caballería, y en el otro no resonaban mas que enemigos, conspiraciones, confederacion general,

vastos planes para perderlo.... Los síntomas de su enfermedad iban cada vez en aumento, no habia objeto que no pudiese servir de materia para sus cavilaciones.... Ya hacia tiempo que yo habia echado de ver un notable cambio en su fisonomía. Algunas veces lo veia en un estado de convulsion que describaba horriblemente la espresion de sus facciones. En este estado sus miradas parecian querer abarcar la inmensidad del espacio, y aunque sus ojos al parecer todo lo penetraban, bien puede asegurarse que nada veian. Agitábase sobre la silla y pasaba el brazo por encima del respaldo. Aquel brazo suspendido de aquella manera, parecia por su movimiento la péndola de un reloj, y pude repetir esta observacion por espacio de mas de cuatro años antes de su muerte, en cuyo periodo no dejé de observarle. Cuando al entrar yo en su cuarto le veia tomar esta postura, se me affigia el corazon, y esperaba tener que oír los mas estravagantes despropósitos. Así fué constantemente. En una de estas desconsoladoras crisis es cuando me habló de la muerte de Luis XV.... Al oír sus profundos suspiros y todas las apariencias del dolor mas acerbo, no pude menos de manifestarle mi sorpresa. «Segun vuestros principios de moral, le dije, me parece que Luis XV ni como rey, ni como padre de familia, ni por ningun concepto, os debería interesar hasta ese punto. Sus costumbres y su culpable indolencia no produjeron mas que males.»—«No echais de ver, me contestó, las consecuencias de esa muerte con referencia á mi persona. Para todos la muerte de ese príncipe es generalmente un bien; pues debeis observar que era generalmente aborrecido. Sobre mí pesa la misma suerte sin haberme hecho digno de ella. El odio universal se compartia entre nosotros, y como ahora he quedado solo, sobre mí van á caer todas las consecuencias....» Juan Jacobo habia tenido en Inglaterra, mu-

cho antes que yo le conociera, un ataque del mismo género y de la misma fuerza. Él mismo es quien me lo refirió, cuya circunstancia es tanto mas preciosa, cuanto es la primera sospecha que le oí manifestar acerca de su enfermedad, que él mismo caracterizaba con el nombre de locura. Contó, pues, que mas bien se habia escapado que salido como viajero de Inglaterra. Púsose en la careza que Choiseul le perseguía en aquel país; y su miedo fué tal, que se marchó sin recurosos y sin querer embarazar su marcha con efectos que no fuesen de primera necesidad. En aquellos momentos quemó una nueva edicion de su *Emilio*. En las posadas pagaba el gasto con un pedazo de cucha-ra ó tenedor de plata que llevaba consigo. Por fin, llegó al puerto á tiempo que los vientos eran contrarios, y en un suceso tan comun no vió mas que un complot y órdenes superiores para retardar su marcha. Aunque no hablaba el idioma del país, se subió á una eminencia y se puso á arengar al pueblo, que, como es de suponer, no entendía ni una palabra de cuanto le decia. No se olviden mis lectores que es el mismo Rousseau quien me refirió estos pormenores, añadiendo que no podia menos de conocer que habia sido un acceso de locura.

El desgraciado vivia en París en un profundo retiro, no siendo accesible mas que á algunos amigos á quienes fastidiaba con sus suspicacias, y reducido á tener que copiar música para atender á su subsistencia. Continuamente asediado de terror, en cada persona, hasta en los niños temia encontrar un enemigo. Cierta dia se propuso escribir una *Ape-lacion á los franceses*, y despues de hecha, fué á depositarla sobre el altar mayor de la catedral; y habiendo hallado cerrada la reja del coro, se llegó á imaginar que tambien habia sido por efecto de alguna traicion. Su relacion y reflexiones sobre este suceso parecen hijas de un vértigo. No cabe pues, duda: es-

taba loco aquel espíritu tan elevado, aquel escritor tan elocuente, aquel legislador tan profundo, aquel hombre que tanto habia enaltecido las prerogativas de su razon; y la Providencia permitió que aquel que tanto se habia enorgullecido con sus luces, aquel que habia intentado sujetar la fé á los limites de la razon, perdiese en aquellos accesos de negros vapores la facultad, cuyos derechos habia exagerado (1). Nada tiene pues de extraño que entregado de este modo á la accion de sus sombrías ideas, hubiese mas de una vez proyectado poner término á sus tormentos, y que al fin precipitase en 2 de julio de 1778, del modo mas trágico, una vida abrumada de tales angustias.

Rousseau acababa de pasar á Ermenonville convidado por Girardin, que era el propietario de aquella finca. Con su carácter y sus sospechas, se cansó al momento de estar allí y quiso marcharse; mas habiendo sido contrariado por su muger y rogado por Girardin, creyó ver en esto un complot, y abultando en su imaginacion los motivos de disgusto, tomó en el esceso de sus terrores el único partido que á su juicio podia librarle de las intrigas de sus enemigos. Poco antes de morir habia escrito dos cartas, que demuestran hasta qué punto llegaban sus temores. Cierta es que Girardin no conviene en que la muerte de Rousseau fuese voluntaria (2); pero confiesa que tenia una herida en la frente. Cuéntase que habiéndose acercado la esposa de Girardin á la puerta del cuarto de Rousseau, este la dijo: «¿Qué venis á hacer aqui? ¿Debe vuestra sensibilidad ser puesta á prueba por la escena que va á ocurrir y por la catástrofe que la ha de terminar?» «Todo me induce á

(1) *Mem. para la Hist. Eccl. del siglo XVIII*, t. 2, pág. 615.

(2) *La Biografía universal* por Sevelinges, art. *Rousseau*, pone tambien en duda la realidad del suicidio y pretende que el filósofo murió de resultas de una caída.

creer, dice Corancez, que Rousseau se des-embarazó por su propia mano de una vida que le era insoporable. «Creemos, dice Musset Pathay, que para acelerar el momento fatal, Juan Jacobo empleó dos medios, esto es, que tomó veneno, y para abreviar la lentitud de sus efectos y la duracion de los sufrimientos, los terminó con un pistoletazo.» ¿Qué podremos decir en vista de esto á los entusiastas que nos han pintado con una afectacion tan ridicula la tranquilidad de sus últimos momentos y la calma de su espíritu, y aquellas bellas palabras con que se despidió del universo? Apenas se concibe cómo un hombre tan descontento de todo el género humano pudo encontrar tantos admiradores, cómo pudo persuadir que era virtuoso, contando que no lo era; cómo pudo granjearse la estimacion y una especie de culto, dando á conocer en sus *Confesiones* los menores detalles de una vida que nada tiene de grande, que no presenta ninguna accion elevada y que por el contrario está llena de hechos ignobles y faltas imperdonables (1). Sin embargo, apenas murió, cuando le hicieron su apoteosis: erigieronle monumentos cargados de inscripciones fastuosas: eleváronle un sepulcro, y no faltaba quien iba en peregrinacion á Ermenonville, donde reposaban sus cenizas y á Montmorency donde habia compuesto sus principales obras.

Escusado es decir que los que emprendian estos viajes filosóficos para arrojar flores sobre la tumba de Rousseau, se guardaban bien de ir á meditar y orar á los pies de Jesucristo.

Si los caudillos de la filosofía recogian en Francia honores póstumos, uno de sus adeptos explaya en España el error de haber aceptado y puesto en práctica sus funestas doctrinas.

Pablo Olavide nació por los años de 1726 en Lima, capital del Perú, y desde su infancia manifestó mucha aficion á las letras y capacidad para los negocios (1). Solo tenia veinte años cuando fué nombrado auditor de la provincia de Lima. En 28 de octubre de 1746 fué testigo del terrible terremoto que destruyó casi enteramente la capital del Perú. Dicese que Olavide demostró en aquellas circunstancias mucha actividad y prudencia, y que desplegó mucho celo por remediar los desastres que allí ocurrieron. Siendo depositario de varias cantidades que se le habian confiado por algunas víctimas del terremoto, y viendo que no las reclamaban los herederos, creyó poderlas emplear en edificios públicos y mandó construir un templo y un teatro. Esta conducta produjo quejas, y Olavide tuvo que pasar á España á responder á los cargos que por ella se le hacian. Habiendo sido trasladado bajo fianzas á Leganés, en las inmediaciones de Madrid, se casó allí con una viuda acaudalada, y por medio de las relaciones que este enlace le proporcionó, obtuvo una sentencia favorable. Entregóse al comercio, viajó por placer y por sus intereses; pasó á París y allí abrazó fácilmente las opiniones que empezaban á prevalecer en algunas sociedades. En Madrid su casa estaba montada á la francesa; habia arreglado en ella un teatro y hacia representar en él piezas por algunos jóvenes á quienes enseñaba la declamacion.

Sus compatriotas del Perú le confiaron el manejo de sus asuntos en la corte. Dicese que ayudó al conde de Aranda en la espulsion de los jesuitas. Llegó á ser secretario de la embajada española en Francia, hizo un viaje á Italia, y por último fué nombrado intendente de Andalucía, con especial encargo de que tomase por su cuenta el hacer prosperar una nueva colonia que se acababa de establecer en Sierra-Morena. Su actividad é inteligencia se desarrollaron en esta comision; pero al mismo

(1) M. de Barante, *Ensayo sobre la literatura francesa del siglo XVIII*. — *Mem. para la Historia eclesiástica del siglo XVIII*, t. 2, p. 648.

(1) *El Amigo de la Religion*, t. 30, p. 335-390.

tiempo no tuvo cuidado de no chocar con el espíritu de los pueblos, adoptando providencias cuya idea había adquirido en los escritos ó conversaciones de los filósofos franceses. Sus amigos están de acuerdo en que sus imprudentes chanzas, su tono de crítica, y sus bruscas innovaciones malograron lo que de su celo por el bien público podía esperarse: redactó para la nueva colonia un reglamento en setenta y nueve artículos, y entre ellos había uno que excluía toda comunidad religiosa, otro anulaba las mandas piadosas hechas en los testamentos, y prohibía las retribuciones que se acostumbraban recoger en favor de los muertos. El poco decoro con que solía hablar de las prácticas piadosas, del ayuno, de las festividades y de otros muchos objetos relativos á la Religión, hizo que se le vigilara de cerca, y al mismo tiempo se malquistó con la nobleza por varios actos de su administración.

En noviembre de 1776, Olavide fué preso repentinamente y conducido á las cárceles del Santo Oficio. Acusábanle de haber hablado despreciativamente acerca de los mas insignes doctores de la Iglesia, de haber calificado de bárbaro el instituto de los cartujos, de haber reunido en su librería escritos de los filósofos modernos, y de haber entablado con ellos relaciones de amistad y de correspondencia. Entre otras cartas había enseñado una de Voltaire que le decía: «Mucho sería de desear que en España hubiera cuarenta personas como vos.» Olavide negó varios hechos, y se esforzó en atenuar otros; confesó sus imprudencias, pero protestó contra la acusación de herejía. En 24 de noviembre de 1778 dió este asunto motivo á un auto de fé particular en la sala de la Inquisición de Madrid á puertas cerradas (1). En él se mandó comparecer

(1) Al oír hablar de AUTOS DE FÉ algunos se figuran desde luego suplicios, sangre, y hogueras y llamas. Sin embargo, bueno es tener presente que AUTO Ó ACTO DE FÉ no significa mas que la promulgación de

á sesenta personas, casi todas de la alta nobleza, á las que segun parece quiso el tribunal dar una lección de prudencia. Olavide se presentó en traje de penitente; pero se le dispensó de llevar el sambenito y la soga de esparto al cuello. Se le acusó de haber sostenido sesenta y seis proposiciones mas ó menos reprehensibles, y se leyeron las declaraciones de setenta y dos testigos. El tribunal le declaró convicto de herejía formal, y en este concepto se le desterró de Madrid y de todas las grandes poblaciones, se le privó de sus bienes y honores y del uso de vestidos preciosos, señalándole un convento para que pasase en él ocho años dedicado á ejercicios de Religión. Olavide se desmayó al oír esta sentencia, y cuando volvió en sí recibió la absolución, leyó y firmó su profesión de fé, y en seguida fué vuelto á la prisión. Las personas que habían asistido á este espectáculo pudieron retirarse sin ser molestadas en lo mas mínimo.

Olavide no estaba rigurosamente vigilado en el convento: pudo escaparse, y pasó á Francia; siendo de advertir que antes de su proceso había tenido la precaución de poner en seguridad la mayor parte de su fortuna. Permaneció algun tiempo en Tolosa, viajó por Suiza, y por último se fijó en Paris con el nombre de conde de Pilos. Allí vivió en la sociedad de los literatos, siendo considerado por los filósofos como un mártir de la causa. En un discurso en verso que *acerca de la*

toda sentencia que condenaba á cualquier género de pena, como multa, prisión, penitencia corporal, etc.

Un escritor moderno que refiere los sucesos de Olavide, parece atribuirlos al fanatismo ó á las intrigas de Francisco Rábago, jesuita, confesor de Fernando VI, y de Fr. Joaquin de Elzeta, recoleto, confesor de Carlos III y posteriormente obispo de Osma. Llorente participa de esta opinion, y califica á los dos religiosos de ignorantes, supersticiosos, y conocidos por su ciego celo hácia la corte de Roma. Ya es cosa en efecto sabida, que se merecen todos estos títulos no siendo tan filósofos como los autores de que hablamos. Mas por nuestra parte creemos que el mismo Olavide, vuelto á la Religión en su destierro, hubiera juzgado con menos severidad á los dos confesores.

*Esperanza de sobrevivirse* leyó Marmontel á la academia francesa, celebró la abnegación de Olavide, y entregó sus jueces á la execración. Sin embargo, el emigrado español empezaba á perder la afición á los principios y opiniones de que antes había sido apóstol; la edad, la reflexión y la desgracia, le iban insensiblemente atrayendo á la Religión. La revolución acabó de desengañarle, y no pudo menos de ver sus excesos con horror. En 1791 se retiró á Meung-sur-Loire, á una casa de campo de los obispos de Orleans, que había comprado el banquero Le-Coulteux de Molai. Sensiblemente afectado de los males de la Religión, los lamentaba públicamente como obra de los filósofos, y no se limitaba á la especulación, sino que ejercía con exactitud todas las prácticas de una piedad ilustrada. Así lo afirma el autor de las *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII*, que vivió en la misma población en que el conde de Pilos habitaba.

La víctima de la inquisición no se libró de otra inquisición mas rigurosa. En 16 de abril de 1794, una orden del comité de salud pública arrestó á Olavide en la casa de detención de Orleans, y le dió ocasion de ver muy de cerca las locuras y crímenes de aquella época. Su alma no pudo menos de sentirse profundamente conmovida, y de adherirse tanto mas á la Religión, cuanto mas la impiedad se señalaba en excesos y blasfemias. Meditó las pruebas del cristianismo y su resultado fué escribir una obra intitulada *El Evangelio en triunfo, ó Memorias de un hombre de mundo desengañado de los errores del filosofismo moderno*. El autor presenta en esta obra á un enemigo de la Religión que va paulatinamente retornando á su seno. Algunos en

este libro no han querido ver mas que un pretexto inventado por Olavide para hacerse abrir las puertas de su patria; mas cualquiera que fije la atención en su contexto, no podrá menos de convencerse de que el hombre que de aquel modo hablaba tenía un profundo convencimiento de lo que decía. Solo el *Prefacio* recuerda las conversaciones mas habituales del conde de Pilos y el dolor que le causaba cada correo que traía á su retiro la noticia de un nuevo ultraje hecho á Dios, ó un nuevo crimen contra la humanidad. Su conversión fué, pues, tan ruidosa como sincera. Desencantado del mundo, regresó á España donde su libro tuvo gran aceptación; permaneció algun tiempo en Madrid y luego se retiró á Andalucía.

Desde allí es de donde en 1800 escribió á la administración de hospitales de Orleans una carta que se publicó en los periódicos. En ella decía que restituía al hospital de la ciudad de Orleans una casa de campo, que redituaba de mil quinientos á mil ochocientos francos anuales. Que su intención al comprarla, no había sido retener su posesión, y que había empleado lo que ella producía en hacer obras de caridad: diciendo además que, si no la había devuelto antes, era por temor á las disposiciones del Directorio.

Este es el último rasgo que conocemos de la vida pública de Olavide, que en 1803 murió en su retiro á la edad de setenta y ocho años, despues de haber dedicado mucho tiempo de su vida á las prácticas de Religión. De manera, que es preciso ponerle en la categoría de los filósofos desengañados por el espectáculo de la revolución y que con su conducta y escritos expiaron los errores de su juventud.